

Fernando A. Blanco*

↳ Secretos y goces en la nación literaria

[Los indios de Chile] Es gente en general grandes traydores, embusteros, cautelosos, mentirosos, fraudulentos, soberbios, vorrachos, nefandos sin palabra ny verdad y grandes ladrones, grademente amygos de la guerra.

(Carta a S. M., el rey don Felipe III,
del Capitán Diego de Ulloa Rivadeneira, 1613)¹

El 28 de octubre de 1999 se estrena en Chile la película *El Chacotero Sentimental*². Tres historias íntimas de auditores de un programa de radio se presentan unidas por un denominador común: la revelación de un secreto. El filme aborda historias que coinciden en la forma en que los testimonios de sus protagonistas revelan la carga emotiva y cultural que la sexualidad representa para ellos. Las narraciones están concentradas en la imagen de la intimidad revelada³ como agente desestabilizador del aparente orden familiar. Es sintomático observar en ellas el cruce en el que se intersecan el discurso hegemónico de la sexualidad y la retórica represiva del tabú civilizador. La presencia simultánea de ambos es la marca reconocible de la defensa de la sexualidad tradicional. El estricto pacto de silencio sellado en torno a dichas prácticas *contra naturam* nos indica la manera en que éstas son reformuladas por la moral univalórica de la familia patriarcal. Aquí la moral plural del Estado cede paso a la gerencia absoluta del *pater familias* en la organización, distribución y dominio de los roles y valores en esta institucionalidad privada. La persistencia del esquema de aparente solidez pedagógica dado por la cultura estatal a la institución familiar permite que la vitalidad de los componentes de esta unidad, en virtud

* Profesor universitario y crítico literario. Es profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Ha publicado como editor el libro *Reinas de otro cielo: modernidad y autoritarismo en la obra de Pedro Lemebel (2004) y diversos artículos entre los que se cuentan: "Figuras femeninas de emergencia; artes visuales chilenas contemporáneas" (2002) y "Antología Queer: mariquitas saltos apequeñados y cóndores" (2001). Actualmente es profesor visitante en la Universidad de Denison en Estados Unidos.*

¹ <<http://digilander.libero.it/giovannidallorto/testi/indie/ulloa/ulloa.htm>> (24.10.2004).

² Exitosa película dirigida por Cristián Galaz, con guión del actor y dramaturgo Mateo Iribarren, que está basada en un programa radial con el mismo nombre transmitido por la radioemisora Rock and Pop. En él los oyentes cuentan públicamente experiencias íntimas o historias de vida al conductor.

³ Esta confusión entre los límites de lo público y lo privado llevará a que en Chile el abordaje de temas de derechos civiles y ciudadanías, especialmente sexuales, se reduzca a la significación descriptiva de sus protagonistas como actores.

del contrato simbólico y legal que los uniforma, sea dedicada a la empresa social y no desperdiciada en la satisfacción irracional de la “pasión sexual”. La película nos revela ciertas fallas de la ley patriarcal y de su expresión social durante la primera década post-dictadura.⁴ La ignorancia y el poder que las prácticas de censura y control social generaron sobre las identidades y sexualidades heteronormadas nos son presentadas a través de la narración de la permisión del incesto entre un padre y su hija; la infidelidad de una joven esposa y la lucha por la intimidad sexual de una pareja proletaria. En estas escenas de vida cotidiana urbana, la legitimidad de la vitalidad social queda puesta en entredicho por la pasión sexual. Frente al deseo trasgresor la respuesta inmediata es su silenciamiento y normalización por medio de su asimilación a la red familiar. Este arreglo, el secreto de familia, funciona como protocolo regulador, pues su objetivo es proteger la reproducción social, sin sancionar o reparar las faltas cometidas, las cuales pueden leerse como afines al propósito de continuidad vital. A pesar de la virulencia de los actos, lo que vemos en el film es una zona de deseo “legítima” enmarcada por las fronteras familiares en la cual el curso violento e incluso fatal de estos comportamientos se ve acogido y ordenado por el derecho patrilineal consuetudinario de posesión que el padre, marido o hermano poseen y ejercen contra las hembras a su cargo.

Cultura, sexualidad y canon literario

Nada distinto ocurre cuando nos preguntamos por la forma de apropiación y representación de la realidad que la sociedad se ha dado en su organización simbólica. Esta serie de transformaciones del contexto cultural y social queda impresa en la narrativa no como mimesis, sino como una rearticulación de la heterogeneidad y la diferencia culturales bajo la retórica moral nacionalista del canon literario. En el caso chileno, el rasgo más claro y evidente es la identificación de la ideología de la masculinidad con el proyecto nacional y su expresión soberana. Al igual que en otros sistemas literarios latinoamericanos, factores disruptivos del modelo nacional como la raza, la etnia o el género sexual han sido asimilados a la metáfora de la enfermedad de la nación, tal y como ha demostrado el crítico puertorriqueño Juan Gelpí (1993). En el caso chileno la norma heterosexual blanca europea y los modos de producción económica derivados de los regímenes latifundistas y sus contratos sociales constituyen eje y frontera de la “mitología blanca que reúne y refleja la cultura en Occidente” (Outlaw 2000: 37). Esta situación nos permite pensar de un modo amplio en las formas en las que la cultura ha negociado y legalizado un pacto simbólico de coerción no sólo para estos componentes de la diversidad humana, sino en particular para la sexualidad heterosexual. Ésta, a pesar de manifestarse de formas múltiples y diversas, está siempre compelida a la reproducción y las identidades afines a este propósito. La familia burguesa patriarcal es el dispositivo contenedor de infinidad de prácticas y trasgresiones. En cierto modo, la cultura familiar hacendada latinoamericana valida la trasgresión hipermasculina, en cualquiera de sus formas –estupro, violación, incesto, promiscuidad, infidelidad adúltera– y el “secreto de familia” es la expresión material y simbólica de la impunidad en la que estos actos quedan. El drama

⁴ Una lectura interesante es la realizada por Rubí Carreño en su tesis doctoral (Carreño 2003).

privado exhibido se reduce al silencio o a la estadística de su revelación trágica (violación e incesto) pero jamás alcanza la esfera pública bajo un reclamo por ciudadanía.

El film muestra las relaciones amorosas y el deseo heterosexual aunados en un sino común catastrófico⁵ mantenido dentro de los límites del secreto que la masculinidad requiere. Silenciado éste por la oscuridad epistemológica en torno a una sexualidad humana encorsetada por los roles y relaciones dados por la célula familiar se transforma en un bloqueo que nos confirma la conducta moral a la que debe aspirarse colectivamente en una sociedad como lo nuestra. Las identidades sexuales responden a un destino clausurado de antemano de acuerdo a la prescripción social que prefiere el bien común al reclamo libertario individual.

Este mismo ordenamiento guía la regulación literaria y estética del canon narrativo desde su instalación programática en 1843 con el discurso de fundación de la Universidad de Chile pronunciado por el gramático y jurista venezolano Andrés Bello. Para él, el *logos*, las ciencias, las artes y las letras están al servicio del progreso y la consolidación de la República y debe castigarse todo aquello que esté fuera del ámbito de la moral ilustrada:

La Universidad, señores, no sería digna de ocupar un lugar en nuestras instituciones sociales, si (como murmuran algunos ecos oscuros de declamaciones antiguas) el cultivo de las ciencias y de las letras pudiera mirarse como peligroso bajo un punto de vista político. La moral (que no separo de la religión) es la vida misma de la sociedad: la libertad es el estímulo que da vigor sano y actividad fecunda a las instituciones sociales.⁶

La República de las letras será el lugar de la crítica y sanción de los relatos que representan el cambio cultural expresado en otros pactos subjetivos o en nuevas formas de hacer familia o nación que fisuren la unidad económica y social definida por la moral religiosa del Estado nacionalista.

Tal y como ha señalado Michel Foucault, la presencia constante en Occidente de mecanismos de control diseñados para planificar la sexualidad y sus rendimientos sociales (cárceles, conventos, colegios religiosos, sanatorios) nos advierte sobre la preocupación exacerbada que los flujos del deseo sexual representan para los modelos de administración política de la ciudad y la nación.

Para el caso de las sexualidades alternativas, la legitimidad social en Occidente sólo fue autorizada dentro de los ambientes bohemios o artísticos, y la producción “estética”⁷ constituyó su marco legal, simbólico y de reconocimiento público. Un segundo campo de ubicación socio-simbólica de la homosexualidad frente al peligro de anomia social que ésta u otras sexualidades representan lo constituye su confinamiento del lado de la patología social y la muerte. El canon literario no se ha apartado demasiado de estas coordenadas. Sin embargo, en el Chile occidental, católico y barroco, habría que agregar a esta zona

⁵ Otras dos películas hechas sobre Chile, *Julio comienza en julio* (1979) de Silvio Caiozzi y *Lugar sin límites* (1977) de Arturo Ripstein exploran las relaciones entre poder y sexualidad en la cultura chilena oligárquica y rural a través de las metáforas de la hacienda y el prostíbulo. La diferencia de clases sociales, la presencia de la religión y las variaciones de la masculinidad se presentan en estas narraciones filmicas.

⁶ “Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile”, cit. según Grases (1953: 95).

⁷ Piénsese en el tratamiento cinematográfico dado a las vidas de Oscar Wilde en *Wilde* (1997) de Brian Gilbert o del poeta francés Arthur Rimbaud en *Total Eclipse* (1995) de A. Holland.

negociada o legítima tradicional de la bohemia o la enfermedad, otros espacios sociales monomarcos representados en la novela chilena que ubica prácticas homoeróticas en agrupaciones de varones dentro de la institucionalidad católica religiosa o militar. Estas representaciones legitiman e incluso anulan las “desviaciones sexuales” por medio de la presencia protectora de los códigos masculinos del honor conventual o el honor marcial.

Pero todavía hay un tercer aspecto que me gustaría destacar. El canon literario, al igual que la familia chilena, trata a las sexualidades disidentes en una clave diferente. Aunque en los textos que revisaremos la negociación de clases sociales, el espacio ideológico, cultural o estético y el contexto histórico se juegan en la puesta en crisis del protocolo de su representación y circulación imaginaria, a través de diferentes tematizaciones de la identidad homosexual, la sanción canónica responde más bien a trasgresiones de los otros sistemas de ordenación jerárquica del mundo. La raza, la clase social o la ideología serán puntos centrales de fractura que la solidez del proyecto nacional cautela. Cada vez que la sexualidad anómala esté unida a alguno de estos otros componentes la representación aceptada por el sistema privilegiará la sanción contra la posición social más que a la identidad sexual. La materia en discusión la proveerá la religión o el status. Mientras la administración del discurso de la sexualidad siga asegurando el honor y la probidad pública a los miembros de las jerarquías sociales, sean éstas civiles, religiosas o militares, no habrá mayores problemas para incluir esa representación anómala en el canon. En caso contrario, si la revelación de una sexualidad masculina anómala sugiere la contaminación de la ética masculina nacional, militar, religiosa o cívica por la identidad sexual, ésta será censurada o silenciada a través del castigo ejemplar de los culpables o, en el segundo caso, en su censura directa.

Un ejemplo de esta ideología es el que encontramos reproducido por la prensa y la cultura escrita decimonónicas. Estos discursos contribuyeron a la construcción moralista de los imaginarios sexuales chilenos desde su génesis como comunidad soberana. Podemos observar la circulación del poder del imaginario moral de la Iglesia Católica en un comentario del constitucionalista Mariano Egaña:

No es lícita la lectura de ninguna novela prohibida por la Iglesia, que no es lícita tampoco la de aquéllas que sin estar espresamente prohibidas atacan a la fé, la moral i las buenas costumbres i finalmente que además de las que preceden hai otras que sin ser esencialmente malas ofrecen peligros por llegar a confundirse en ellas la moral puramente humana con la sublime moral del Evangelio (citado en Foresti *et al.* 1999: 124).

Estos mismos escritores habían sido llamados a cumplir con el rol social de guías o mentores de la sociedad pero no para representar luchas en contra de la hegemonía de la cultura escrita fundada en los dogmas de la modernidad, dado que ésta es el objetivo y motor de los proyectos desarrollistas de las sociedades liberadas latinoamericanas, sino para “set up his own standard of civilized values, as Andrés Bello did or he could use his knowledge of civilized and European standards to launch an attack on the backwardness of his own country” (Franco 1970: 15). Así, los escritores de fines de siglo XIX y principios del XX usaron la literatura como una manera de “shaping national consciousness and given a sense of tradition” (Franco 1970: 19).

Las formas permitidas en esta política cultural nacional para textualizar la sexualidad se han ordenado bajo estrategias de control propiciadas por el Estado constitucionalmen-

te católico hasta 1871. La feminización de las letras de acuerdo a este plan debía prevenirse seriamente o de lo contrario:

[...] si se introduce a los jóvenes en el risueño templo de las musas, se hace cobrar alas a su imaginación y sensibilidad, recreando de continuo su oído con suaves melodías I representando a su vista sin discreción los seductores cuadros de la pintura y la poesía, se formará una juventud muelle, afeminada, incapaz de los arduos trabajos de la inteligencia (citado en Poblete 2003: 27).

En los textos revisados es el discurso de la sexualidad el que balbucea, se fragmenta y, finalmente, entra en crisis, un mecanismo peculiar que interpela discursivamente a la cultura hegemónica para insistir en que la sexualidad no es más que una más de las posibilidades en el juego de las opciones culturales marcando con ello un rasgo paradójico de la respuesta de la modernidad occidental a ella misma: su intolerancia a la diferencia tanto como su atracción por la diversidad.

Si, como señala Carlos Monsiváis en *Aires de Familia* (2000: 13), a los escritores latinoamericanos se les llamó a describir en el siglo XIX “las costumbres y la creación de personajes y atmósferas reconocibles e irreconocibles; se les encomienda, en suma, los estímulos que anticipen la fluidez del destino nacional, y si se puede del propósito civilizador”, el ingreso de la sexualidad disidente –homosexual, lésbica o transgénero– al canon literario hispanoamericano irá asociada de la mano del secreto, de la inocencia originaria y pasiva, de la culpa redentora o de la patología que la perversión provoca en el ojo del censor para acomodarla a la ética conservadora heterosexual de las primeras mascaradas nacionalistas modernas del continente. La zona no declarada por los críticos y escritores queda definida por los contornos del silenciamiento, del escamoteo y de las políticas de control ejercidas por el Estado católico cuya retórica “de las buenas costumbres” actúa como relato control de las narrativas al insistir en la instalación de un régimen de “verdad moral” fundado en el miedo y la ignorancia.⁸

El secreto homosexual en el canon literario

El imaginario literario chileno ha perseguido desde los comienzos de los movimientos independentistas la consecución de una identidad colectiva que pudiera reemplazar a la hispanidad colonial. Esta aspiración en el caso de la recepción crítica de la homosexualidad, remarca la homofobia y el acendrado heterosexismo con que se enfrenta este intento civilatorio por los mecanismos de control literario. Los casos de la Revolución Mexicana y Cubana resultan emblemáticos de la intensidad con las que se pretendió evitar el afeminamiento nacional de las letras⁹ bajo la lógica de la moral revolucionaria. Tampoco la lógica heterosexual de la moral burguesa quedó exenta de esta disputa en la fundación de los nacionalismos latinoamericanos.¹⁰ Sin embargo, el caso chileno presen-

⁸ El sida fue operado comunicacionalmente en estas coordenadas durante los primeros diez años de la pandemia.

⁹ Para el caso mexicano consultar Balderston (1988); en el caso cubano, Bejel (2001).

¹⁰ Véase el trabajo de Doris Sommer (1991).

ta similitudes y diferencias con el tratamiento dado por la crítica a esta estructuración simbólica de la nación.

El primero de los intentos formalizados posterior a 1810 corresponde al de la generación de 1842. Sus miembros están completamente conscientes de la capacidad del acto discursivo para fundar e institucionalizar el imaginario social chileno y se piensan a sí mismos como un grupo elegido para tal empresa. Bernardo Subercaseaux sostiene que lo que los define es la percepción de la historia patria como un organismo teleológico en el que posible realizar la perfectibilidad del género humano, guiados por el “modo mesiánico y voluntarista con el que asumen la tarea de educar el espíritu para modificar la sociedad” (Subercaseaux 1997: 51). Lo que llama la atención de su intento, sin embargo, es la percepción colectiva, grupal, totalizante de la identidad nacional. Hace notar Subercaseaux que “a diferencia de Sarmiento, los carriles de la historia no desembocan en el Yo, sino en el país entero” (1997: 52). Para la sexualidad no será de manera diferente. Mientras la representación sea claramente irregular, inaudita o excepcional, su ingreso al canon paternalista no encontrará objeciones. Sólo en aquellos casos en que se normalice la anomalía, la crítica se encargará de cerrar o inmovilizar a esa obra en particular.

La constitución del canon literario se dará en la discusión generacional entre “padres” e “hijos” que luchan por la instalación de sus respectivas estéticas en el proyecto literario de “nacionalizar las obras buscando motivos de inspiración en la realidad inmediata y procurando diferenciar nuestro carácter” (Díaz Arrieta 1931: 10). Es esta identidad la que debe ser revisada a partir del sistema de exclusiones que el sujeto, particular y nacional, realiza para darse forma. Dice José Donoso con respecto a ese anhelo de las generaciones literarias anteriores “deseo deshacer la unidad psicológica, ese mito horrible que hemos inventado y que hoy en día se está viendo que no vale la pena ni siquiera hablar de él” (cit. según Edwards 1997: 41). La sexualidad no escapa a esta aseveración. El mito en su caso es el de la heterosexualidad y la discusión de las formas múltiples en las que esta fuerza “natural” se presenta son objeto y propósito discursivos en por lo menos dos de sus grandes obras: *El Lugar sin límites* (1966) y *El obsceno pájaro de la noche* (1970).

El estudio literario que hace Donoso de las sexualidades nefandas o infamadas en tanto matriz de las identidades individuales y de las mitologías colectivas es quizás único en la literatura hispanoamericana, sólo comparable al trabajo de *Paradiso* (1966) del cubano José Lezama Lima.

Mi objetivo al proponer los textos de Augusto D’Halmar (1880-1952), Mauricio Wacquez (1939-2000) y Pedro Lemebel (1954-) es revisar el papel crítico de la literatura en el proyecto de construcción de la identidad-nación entendida ésta como una ficción autobiográfica del sujeto moderno cuya racionalidad patriarcal incluye un determinado paradigma para la sexualidad no sólo individual, sino colectiva. Desde esta perspectiva de análisis me centraré en la ambigüedad con la que el canon crítico chileno y los propios escritores se rebelan o acoplan con la homofobia social presente en el proyecto moderno.

Estos autores representan una tendencia en la literatura chilena en la que directamente se ha textualizado la representación de una subjetividad, una identidad o una práctica homoerótica masculina. Sin embargo, para el canon, el calificativo homofóbico recubre el inmenso rechazo de aquellas sexualidades disidentes amordazadas bajo el rótulo reduccionista de homosexualidad masculina.

Los sentimientos angustiosos y ambivalentes con los que la homosexualidad está representada por Augusto D'Halmar en la novela *La pasión y muerte del cura Deusto* (1924) no tiene paralelo en la literatura chilena. En esta novela, un sacerdote español adulto expone y reprime su miedo a las pasiones encontradas que desata en él la atracción que siente hacia un adolescente gitano. En el segundo caso, Mauricio Wacquez indaga en su literatura la conciencia dividida de sus protagonistas masculinos en los que una angustiada sexualidad infantil se representa en múltiples fantasías de posesión y dominio homoerótico que sumen a sus agentes en una ansiedad desbocada en la que la satisfacción del apetito sexual se identifica con la plenitud física de la comunión perfecta o con la revelación epifánica, al tiempo que sus protagonistas son castigados por medio de la sodomización. La escritura cronística de Pedro Lemebel parte del hecho de identificar la violencia y la agresión sexuales con las formas que asume en nuestra sociedad el deseo homosexual. El homosexual proletario arriesga en la ciudad neoliberal su vida enfrentado a pactos sadomasoquistas que el sistema económico, político y sexual le impone a sus personajes, los cuales batallan por la conquista amorosa que fragua su propia condena. El heterosexual, proletario como él, es el punto máximo de su escalada sexual y será sometido por medio de transacciones económicas en las que el sufrimiento y el placer corporales, incluso la muerte, devienen recompensa y goce.

Homofobia crítica

En la mayoría de los casos, los críticos chilenos se refieren indirectamente a estos autores y a sus obras con adjetivos eufemísticos e imprecisos que confunden la vida íntima con los mundos literarios. No importa exactamente qué es lo que quieren decir con palabras como *malsanos*, *degradados*, *decadentes*, sino cómo la caracterización del pensamiento de la clase letrada a través de este tipo de juicios nos recuerda la profunda decepción con la que recogen, por una parte, con un rechazo confuso la historización de un deseo en el cuerpo de los autores que ellos mismos propician al incluirlos y cómo, por otro lado, con pretendida objetividad, se lamentan de la materialización de estos asuntos con juicios descalificatorios en los universos simbólicos de la comunidad imaginada para la nación literaria.¹¹

En el caso de D'Halmar, el crítico Hernán del Solar dice de él que “fue un escritor de moda y supo aprovecharse de la sugestión que ejercía sobre la juventud [...] parecía estar representado una vida siempre secreta [...] vemos en sus páginas un amor equívoco”

¹¹ Rescato en este punto la observación de B. Anderson (1991: 79) quien plantea que las naciones son formas de identidad ficticia o imaginada discursivamente, enfatizando la dimensión de “posibilidad imaginaria” de su naturaleza. La perspectiva más aceptada es aquella que sostiene que estos discursos, los de la nación, son generados por el propio nacionalismo y no como podría ingenuamente pensarse por la propia nación en tanto comunidad prefigurada culturalmente, sino en tanto entidad definida por la palabra. Se sigue de esta aseveración que dicha entequeia no puede por definición existir antes de que se haya definido un sentido de pertenencia entre los miembros de una comunidad determinada que los ligue horizontalmente, independientemente de las autoridades que los reglamenten. En otras palabras no puede existir antes que la ley que la sanciona y por ende, la crea. Esta afirmación es válida también para la sexualidad.

(Del Solar 1964: 12). Para los juicios de Del Solar, D'Halmar representa a un Sócrates moderno cuya relación pederástica-pedagógica con la juventud a la que guía, posiblemente germen protoliterario de la siguiente vigencia estética, la segunda generación modernista, encarna el terror homofóbico y el paradigma sentimentaloides de la homosexualidad feminizada que el crítico advierte en el personaje público representado por el escritor. Por su parte, Alone, seudónimo del poderoso crítico Hernán Díaz Arrieta, describe la anécdota de *La pasión y muerte del cura Deusto* (1924) con una aparente e ingenua lucidez respecto del poderío de la pasión sexual que afecta a Iñigo: “un cura vasco, Ignacio Deusto, llega a servir a una parroquia y luego empieza a enredarse ‘sin saberlo’, en las redes de ese ‘amor que no se atreve a decir su nombre’. La fatalidad lo arrastra hasta la muerte” (Díaz Arrieta 1931: 129). En sus comentarios se aúnan el miedo al deseo por el objeto sexual masculino manifestado por la anécdota de la novela y la conciencia de fatalidad que arrastrará inexorablemente para el protagonista su elección erótica. La referencia evidente a la figura literaria e histórica de Oscar Wilde pone de manifiesto el sistema de prohibiciones moderno y cristiano que actúa sobre ambos críticos. La “prohibición fóbica” de Kosofsky (1998: 184) por la posesión del cuerpo masculino resalta el rol del fetiche en la cultura moderna. En este caso, la representación del sujeto descansa en la mascarada travestí del hábito.¹²

Por casi setenta años la literatura chilena ha enfrentado la representación de las sexualidades anómalas del lado de la muerte y el castigo violentos cumpliendo con la expectativa moralizante judeocristiana del canon occidental. Todavía no se ha publicado ninguna novela en la que el pacto amoroso homoerótico prevalezca por sobre las estructuras de sodomización, victimización o sentimentalización que han constituido la retórica amatoria representada de la homosexualidad masculina. Ninguna obra ha reclamado por el vitalismo cultural que pudiera alimentarse de este deseo ya no reprimido sino depositario de una reserva de energía vital.

En 2001 el escritor y activista homosexual Juan Pablo Sutherland pareció abrir una posibilidad diferente de pensar la sexualidad en el canon literario al compilar y publicar la antología *A corazón abierto. Geografía literaria de la homosexualidad en Chile*.¹³ En esta intervención crítica de la cultura chilena¹⁴ reúne 31 fragmentos y textos literarios, los “más emblemáticos de la homosexualidad en la literatura chilena del siglo XX” (Sutherland 2001: 9). Al leer, confirmamos que en todos los segmentos elegidos se insiste en la culpabilización y fobia de la *carne enferma*. Ya no goce culpable del cuerpo masculino griego rerromantizado, sino de la completa abyección homofóbica del placer homoe-

¹² Uso la palabra aquí con dos acepciones. La primera referida al disfraz y la segunda, al mandato cultural, el *habitus* de Pierre Bourdieu.

¹³ El primer intento sistemático recogido en una publicación crítica corresponde a un dossier especial sobre sexualidad publicado en la revista *Nomadías 5* (coedición Cegecal/Cuarto propio) en mayo de 2001, en el que se incluye una antología literaria a cargo de la poeta Carmen Berenguer y del crítico Fernando Blanco. Dicha selección recoge poemas y narrativa de autores chilenos bajo la denominación del vocablo anglo *queer*. Ese mismo año, en noviembre, se publica el trabajo de Juan Pablo Sutherland del que se excluyen los nombres de Gabriela Mistral y del escritor cronista Enrique Lafourcade por “situaciones relativas a los derechos de autor” (Sutherland 2001: 22).

¹⁴ Daniel Balderston desarrolló esta tesis en la conferencia presentada en Santiago de Chile en el *Encuentro sobre Sexualidades, Género y Cultura: Un diálogo desde el Sur*. Rockefeller Center for Latin American Studies/Universidad de Santiago de Chile, 21-23 de agosto 2003.

rótico. Pero también y esto con mucha fuerza, observamos en las selecciones de las cartas y diarios de vida de Hernán Díaz Arrieta¹⁵ y Luis Oyarzún (1995), la división ética y racional que el pánico homosocial provoca en el silencio y la opresión presentes en estos textos frente a la omnipresente prohibición cristiana en Occidente¹⁶ dirigida a mantener la homosexualidad en el “clóset”.

El problema para Sutherland parece ser mayormente insistir en los silencios, los escamoteos por medio de la asimilación entre la palabra “geografía” y la tematización narrativa de la representación. Quizás hubiera sido más productivo en los textos literarios seleccionados apuntar más bien a constatar “cómo se distribuyen los que pueden y los que no pueden hablar, qué tipo de discurso está autorizado o cuál forma de discreción es requerida para los unos y los otros” (Foucault 1989: I, 37). Esta dinámica cultural chilena del rumor y el silenciamiento queda evidenciada por el escritor Gonzalo Contreras en su columna en el diario *Las Últimas Noticias*:

En Chile, solo un poco antes de mi generación “se sabía” que Lucho Oyarzún, Alone y Mauricio Wacquez, por citar sólo algunos distinguidos intelectuales o artistas criollos, eran homosexuales. Nadie hacía mayor cuestión del asunto, pero tampoco era ventilado públicamente.¹⁷

El pensamiento de Eve Kosofsky al definir la “cosificación de la ignorancia” desde otro ángulo, nos entrega otro elemento que contribuye a resituar el concepto de travestismo y el por qué de la importancia de esta categoría asociado al estado en el que debe mantenerse la homosexualidad incluida humillación social provocada por la burla lingüística.¹⁸ Señala Kosofsky que “la ignorancia va ligada a las premisas de la Ilustración por las que otorgar el calificativo de ‘ignorancia’ a una fuerza particular parece situarla inapelablemente en un espacio demonizado conforme a un esquema ético que jamás ha sido muy explícito” (Kosofsky 1998: 17).

Las figuras sacerdotales trágicas encarnan el lugar posible que culturalmente concilia una sexualidad anormal con la salida social: el seminario. Estas mascaradas encuentran justa expresión en el Iñigo Deusto de la novela *La pasión y muerte del cura Deusto* (1924) de D’Halmar, quien con su tormentoso silencio y posterior suicidio, en medio de la exuberancia sensual de Sevilla actúa el sacrificio como única escapatoria a su deseo. Variaciones del mismo tema encontramos en la desesperación del sacerdote del cuento

¹⁵ Cartas privadas, en Sutherland (2001).

¹⁶ Con este trabajo Sutherland pretende “abrir en la historia literaria chilena una variante interpretativa [...] que supone releer los textos” (Sutherland 2001: 10). Este trabajo sigue la línea inaugurada por la academia norteamericana con los estudios de Sylvia Molloy y Robert McKee (1998), Daniel Balderston y Donna Guy (1998), D. W. Foster (1991) y el ya clásico *Epistemología del Armario* de Eve Kosofsky (1998). En lo medular, Sutherland confirma con esta selección la desaparición de la homosexualidad de los cánones literarios latinoamericanos notada por la crítica angloamericana e insiste con Kosofsky en la condición dual y paradójica del secreto que rodea a la homosexualidad en nuestro país.

¹⁷ Diario *Las Últimas Noticias*, Cultura/Opiniones, 13/11/2004.

¹⁸ Descontados los autores seleccionados para este trabajo, también Benjamín Subercaseaux con *Niño de lluvia* (1942), Marta Brunet en *Amasijo* (1962), Alfredo Gómez Morel en *El Río* (1961), José Donoso en *El lugar sin límites* (1966) insisten en la construcción de la identidad del homosexual masculino vinculada a este rasgo. La irrelevancia de la erótica lésbica en el continente al mismo tiempo parece reproducir la irrelevancia del propio sujeto femenino para la discusión social.

de M. Wacquez “El fondo tibio de Dios en la Arena” (1960), repetida con matices en otro de sus escritos, donde el huérfano con “pasta de santo” que es llevado al seminario por sus tías en “La sonrisa en la boca” (1961) padece silenciosamente “el deseo que se paga” mientras sostiene un diálogo con la Muerte (28); Wacquez vuelve a esta obsesión que liga deseo homosexual y religión con el delirio de Julián, Marcio y Reina en *Ella o el sueño de nadie* (1983), en el que “el amor, la memoria del amor solo es sabida por Nuestro Señor” (65); la reitera en la locura amorosa de Bruno en *Paréntesis* (1975) continuada después por el Juan de Warni de *Frente a un hombre armado* (1981) o la afiebrada autobiografía de Santiago de Warni en su postrera *Epifanía de una sombra* (2000). Estos ejemplos son facetas de la ventriloquia con la que estos dos autores se han enfrentado al pánico homosexual y la salida posible a través de la redención o la condena religiosas. El travestismo en ellos está dado por el encubrimiento del deseo homosexual en la ecuación pedagogía-pederastia-estética presentada por el sacerdote, el pintor, el poeta y los *artistas* de D’Halmar –“extraña pasión” le llama el crítico Fernando Alegría (1986: 124)– o en la impostación de clase dominante-dominado provista por la inversión del tópico del caballero y su dama en Wacquez. En el tercer caso, Lemebel, la figura travestí se problematiza en la enunciación discursiva y epistemológica de la definición de la categoría lingüística *Loca*. Este autor se desenmarca claramente del pacto de clase social y censura religiosa al irrumpir en el espacio literario nacional con una narrativa en la que la homosexualidad proletaria y laica copa el imaginario social bajo una representación cuyo signo identitario destaca la humillación permanente de una sexualidad proletaria, aindada y amanerada.

El sujeto en estos textos se ha vuelto una careta, una mascarada atrapada en los intersticios del discurso dominante. Su agonía es signo de su alienación, de su borramiento, tal y como podemos ver al comienzo de la novela *Ella o el sueño de Nadie* de Mauricio Wacquez, cuando el narrador se refiere al protagonista bisexual del triángulo amoroso que sostiene la narración:

Julián es un individuo singular pero sólo en la medida en que es personaje y está arropado con las excelencias y flaquezas del héroe. Él es, en general, lo que me hubiera gustado ser: un rostro tan ajustado al mío que haría imposible reconocerlo como máscara (Wacquez 1983: 15).

Control, ocultamiento y resistencia

Si aceptamos que aquellas identidades colectivas –el sujeto homosexual en tanto identidad política que no satisface la expectativa del canon de masculinidad occidental que representa y se articula dentro y por la lógica de la razón moderna– se excluyen o camuflan de las representaciones oficiales de la nación plural que se hacen de sí mismos los ciudadanos a través de los imaginarios sociales instituidos por el proyecto estatal principalmente a través de la prensa y la ley civil y religiosa, debemos también estar atentos a las maneras en que estas subjetividades deseadas abyectas se resisten a estas prácticas de silenciamiento.

¿Cómo logran las narrativas seleccionadas sobreponerse a la constitución de un canon literario necesario para el Estado? ¿Cómo disputan su visibilidad frente al correlato necesario y funcional de la articulación ficcional o imaginaria del proyecto *nación*,

concebido como un discurso “resguardador del orden y la unidad de un pueblo” (Jocelyn-Holt 1997: 43) aspirante a una homogeneidad histórico-cultural al que se oponen de diversas maneras en el reclamo por otro orden de cosas?¹⁹

La exclusión de la homosexualidad se realiza no sólo materialmente en su negación y censura, sino que opera al interior de los propios textos como resistencia o rechazo bajo la figura del travestismo al Otro social. La definición de travestismo aquí no se aproxima a la clásica percepción de este acto como la “representación de un género” diferente al sexo biológico o al rol social. Me refiero a ella como una estrategia ambigua presente en la narrativa chilena con diferentes matices conducente a la significación de una presencia que evita su captura por medio de la inestabilidad de su enunciación. A través de ella, en las representaciones literarias y extraliterarias no sólo se desestabilizan las categorías identitarias –el travestí de la novela de José Donoso *El lugar sin límites* (1966), *La Manuela*, es el paradigma para la literatura chilena– sino que se oculta a la vez que se permite conocer el secreto y el develamiento de subjetividades censuradas que encuentran cauce de expresión por medio de la creación y expresión performática de sus identidades, desdobladas o desplazadas hacia los propios lenguajes: discurso cristiano en D’Halmar, filosófico y médico en Wacquez o el propio argot homosexual proletario en Lemebel; también a los paisajes o escenarios “extraños” al cuerpo nacional, como ocurre con el orientalismo y exotismos presentes en la Sevilla de D’Halmar, la Europa nacional en Wacquez, o los arrabales y eriazos del excedente urbano post-industrializado en Lemebel. Todos estos signos son vicarios de la negación discursiva del cuerpo y deseo homosexuales. La relación evidente entre ficción y performance, o entre deseo y su enunciación material, en todos los sentidos posibles de la materialidad de los lenguajes, más allá de la dimensión estrictamente lingüística, resalta la condición unipersonal e histórica de la identidad y del deseo con la que se la liga en estos textos. Sobrepassar la tematización de la sexualidad vuelve al acto de escritura una posibilidad estratégica de exhibir cómo operan otras dimensiones cognitivas en la conformación del campo cultural. Al asociar la teatralidad de esta práctica con la teoría del discurso y la construcción de la subjetividad, extendiendo su análisis a la forma en que pueden constituirse las formaciones sociales y, específicamente, a la categoría del sujeto político en función de los discursos simbólicos especialmente cuando hablamos de una sociedad-estado católica como la chilena. Siendo la religión uno de ellos y la literatura en su capacidad mitopoética otro, resulta evidente que la simultaneidad con la que ambos discursos aparecen en varias de las obras narrativas presentes en el canon literario chileno asegura un modelo que en su interpelación al campo cultural chileno constituye un reaseguro para cierta continuidad catequística de la pedagogía católica en el país. Quebrarlo es beligerancia mayor.

En las tres obras literarias seleccionadas se presenta a la homosexualidad masculina bajo la figura sentimental de la parodia femeninoide de un hombre joven o de edad media-

¹⁹ La revisión de las relaciones entre instituciones y sus discursos constituye una matriz reconocida por la sociología tradicional (Garretón 2003) y se expresan en la ecuación Estado, sistemas de representación y base social o actores sociales. Esta última, la llamada sociedad civil, respondería a una organización imaginaria que sustentaría el modelo de desarrollo propuesto y cuyos componentes discursivos, de carácter simbólico, ya hemos bosquejado. Sociedad a la que es necesario dotar de un sentido, de unos objetivos y de unos intereses comunes. Insistimos aquí en que “los sistemas simbólicos no pueden ejercer un poder estructurante sino porque son estructurados” (Bordieu 1999: 67).

na preso de su destino trágico, el cual, al tiempo que preside la ceremonia de su propia destrucción, se entrega a la contemplación sin concesiones del cuerpo masculino.

Existe un pacto trágico que obliga a la actuación del destino trágico. Al igual que Edipo, el homosexual, debe encauzar su deseo en pro del bien común, lo que significa su instalación del lado de la muerte y la reparación, lo que conocemos simbólicamente como la crucifixión vicaria. Dos elementos centrales se derivan: uno, la víctima es el homosexual, y segundo, sobre todo, el surgimiento de redención cultural moderno dado por “la respuesta colectiva a esa imagen” (Kosofsky 1998: 194).

Sin embargo, me parece que la productividad de la estrategia del secreto y el travestismo que se presentan en la narrativa de Augusto D’Halmar, Mauricio Wacquez y Pedro Lemebel apunta en otra dirección al revelarnos las coordenadas sociales bajo las cuales se mueve la organización del mundo social en Chile. Principalmente, la presencia de los vectores clase social y religión católica como elementos reguladores de la performance social de los “individuos desviados”. Estos celadores del secreto, enclosetamiento o vida de armario, se corresponden con el lugar privilegiado o no que se ocupa en la escala social y moral. Ser un “niño bien” o “un hombre de bien” como puede serlo un sacerdote constituye frontera honorable y salvaguarda. Setenta años más tarde, en la escritura de Lemebel se desarticulan completamente estas formas de regulación al enfrentar a la autoridad moral reproducida por la prensa desde el siglo XIX²⁰ y hasta ahora, con la aparición de una figura de la homosexualidad que no había sido legalizada en el imaginario nacional: la homosexualidad mestiza y proletaria de La Loca lemebeliana que precisamente desafía a los estereotipos blancos y burgueses de los nuevos “gays de clase media neoliberales” o a los “obreros, empleados, escolares seminaristas” representantes de una masculinidad pseudoheterosexual. Separar la identificación que se hace automáticamente entre travestismo y homosexualidad o entre travestismo y “desfiguración o barroquización” de la realidad permite presentar otras identidades sociales/sexuales sin considerar el bien común del imaginario católico estatal del país como paradigma de conducta personal. El travestismo aquí no sólo es identitario sino que se relaciona más bien con un cuerpo social, el de la institución (religiosa, militar, deportiva), que carece de voz propia (deseo) y que en su lugar provee una serie de códigos de comportamiento que dan la sensación de completud y sentido sociales. La homosexualidad es vista por estos autores como una suerte de bilingüismo o biculturalismo para el cual no hay ni patria, ni amor, ni lenguaje salvo los provistos por el nacionalismo heterodoxo de la ciudad-estado católica.

La inauguración de las visiones de la homosexualidad masculina en los textos narrativos estudiados nos revela el tratamiento diverso hecho de ella por los autores pero coincidentes en la expiación de su culpa original. Es éste, sin duda, un intento por sostener la coherencia con la normativa heterosexual en la representación de la identidad homosexual organizada de acuerdo a las utopías proyectadas por el discurso de la modernidad. En la primera de ellas, *La pasión y muerte del cura Deusto*, nos encontramos con el cuerpo sacrificial del sacerdote Ignacio Deusto conducido por la pasión hasta “estas dos paralelas de acero que eran su camino, aquél desde el cual no nos es permitido apartarnos ni un ápice, ni aún para tratar de apartar lo inevitable” (D’Halmar 1938: 263). Atro-

²⁰ Esta “guerra defensiva” de la Iglesia a través de la prensa se inicia ya en 1843 con la aparición de *La Revista Católica*, *El estandarte católico* en 1862, *La Estrella de Chile* en 1867 y *La Esperanza* en 1876.

pellado por las ruedas del ferrocarril se cumple su destino bajo el signo inequívoco de la modernidad, la que se lleva a su “pasión equívoca”, centro de su adoración y de la del pintor Sem Rubí, El Aceitunita, y de paso su vida. En *Paréntesis* (Wacquez 1975), Gastón, personaje adolescente bisagra del triángulo conformado también por Roger y Renata, se nos presenta víctima de un accidente automovilístico y en una de las crónicas del libro *La esquina es mi corazón* (1995), “Las Amapolas también tienen espinas”, el personaje narrador, La Loca, como muchos otros de sus protagonistas, es asesinado a cuchilladas por su ocasional amante proletario. En los tres casos, la pasión por el cuerpo masculino jugada entre la represión y la expresión acaba con los protagonistas, evidenciando de paso el peligro de la vitalidad del proyecto cultural moderno patriarcal. Con acentos que nos recuerdan a la literatura de J. Cocteau u O. Wilde en el primer caso, y a J. Genet, Y. Mishima o R. Arenas en los otros dos, la modernidad avanza sin contemplaciones sobre el deseo homoerótico privándolo de existencia, salvo la ya descrita o sus variantes sentimentales. En todos ellos, al igual que en la pasión desbordada de Aschenbach por Tadzio en *La muerte en Venecia* de Thomas Mann, la homosexualidad debía ser controlada si se quiere sobrevivir, aunque este control viniera dado por la peste.

En la novela de D’Halmar este axioma se cumple progresivamente. Hay que recordar que el programa literario de este autor varía desde el evidente contrato mimético naturalista consagrado con su primera novela *Juana Lucero* (1902) hasta la novela psicológica, cuyo ejemplo es *La pasión y muerte del cura Deusto* (1924).

Al comienzo de la novela, siempre en clave cristiana, observamos la turbación de Deusto cuando escucha la voz del Aceitunita “la voz de un neófito-efebo, ambigua, y por lo mismo de un misterioso encanto” (39) que le hace “apoderarse de una mano de su grave amigo y retenerla mientras duró el coro” (39) para luego rechazarlo confuso. Más tarde será la pincelada de Sem Rubí la que va a ir pintado el deseo por el joven frente a cada vez más atribulado sacerdote. Comenta el decadente artista sevillano dirigiéndose a Pedro Miguel: “Sabes Josú-chavá –dijo, agitanando el acento– que eres más hermoso que un pecado y casi tanto como una hembra fea” (76). Esto hace a Deusto reparar en que “en el niño despuntaba ya el adolescente” (78). Más tarde, la figura masculina será alimento prohibido cuya tentación se hace evidente: “Bajo su corteza de concupiscencia, mi lance tiene mucha miga moral. Voy a servirles unas gachas doradas en el mismísimo aceite de los infiernos [...] el cura volvió sin querer los ojos al adolescente” (88). Como en un cuadro cubista, la pasión homoerótica y el sujeto que es definido por ella se van fragmentando en las infinitas posiciones desde las cuales son mirados (vigilados) y construidos (deseados).

Quizás uno de los rasgos más interesantes en el tratamiento de las características de la permisividad de la representación homosexual sea el de insistir en el acendrado esteticismo con que se va confirmando la creciente pasión de Deusto por Pedro Miguel en los lenguajes del arte. Desde este punto de vista, el travestismo es aquí más bien un desplazamiento hacia otros discursos que ratifican el deseo del sacerdote pero que lo van dotando de las características sublimes de la experiencia estética.

Otro elemento de permisividad está dado no por la represión del cuerpo como sugeriría la lógica homofóbica, sino por la exaltación del mismo y de la pasión que provoca. Dice el pintor refiriéndose al Aceitunita: “Sabe qué tipos no habrá frecuentado ya nuestro *Niño Jesús*, en sus cortos pero seguramente fértiles años de vagancia entre la gitaneoría” (108). El cuerpo masculino es objeto y sujeto de admiración, no sólo por la seduc-

ción sensual ejercida por la pintura, en un guiño evidente a *El retrato de Dorian Gray* pero en clave de cristianismo pagano, sino por la forma en que la propia narración va develando a los ojos del lector lo que es evidente para el sacerdote “si alguna debilidad puede haberme aquejado en el fondo, muy al fondo, es la de los niños; pero para nosotros sacerdotes no es ley natural la del *Sinite parvulos*” (109). Sumados ambos argumentos, la novela sin tapujos resuelve el deseo homosexual en la lógica dominante del deseo por el cuerpo masculino en la modernidad, cuerpo crístico, al permitir que Pedro Miguel se vuelva el *Niño Jesús de la Palma* y frente a los ojos de Deusto el cuadro le permita en la sustitución bajo el pacto *kitsch* de la cita de ambos cuerpos reconocer al adolescente que hace que el pintor exclame “Figúrate ahora, si una mujer podrá vacilar siquiera” (115). Frente al Mesías y Hombre encarnado en esta Segunda Venida en el adolescente gitano.

Sin nombre, la homosexualidad se vuelve puro deseo y, no como podría pensarse, “un no deseo” que cae en la indeterminación (Dominguez 2001: 78). Al contrario, el signo se completa con la significación dada indirectamente por todos los otros signos que han subvertido, desde los discursos de la religión o el arte las reglas binarias de combinación simbólica heterosexuales. No tener las propiedades de los signos estables constituye una pérdida en la batalla por la representación política pero una ganancia en la desestabilización de los paradigmas de legibilidad. De este modo, la disputa genérica-social se resuelve en la novela de D’Halmar del lado de los intereses de clase religiosa, pero sin reconciliación evidente porque no hay signo que porte a los sectores en conflicto.

Wacquez y la desobediencia civil

Desde una óptica distinta podemos mirar el mismo asunto. La eficacia de la interpe-lación performática, género novelesco y género de la escritura, para evitar su asimilación al discurso crítico, traductibilidad cognitiva, radica en dos lugares: por una parte, la incompletud de la apelación, al enajenar por la distancia a la palabra de lo que acontece y, por otra, la temporalidad en su irreproductibilidad niega la absorción material (sólo permite el registro) y no la experiencia. Esta idea representa el extremo surrealista al insistir en la vida como obra, redefiniendo el sistema de inclusión y exclusión de la sig-nificación del signo frente al cuerpo histórico (indisolublemente unido al sujeto) en el que las formas en las que las identidades particulares se pueden apropiar del espacio público de la representación son las que sellan la identidad única en el momento de su realización.

Diferente es el caso del discurso travestido en Wacquez. En él la escena descubierta es la del deseo y el sujeto homosexual actuando desembozadamente. No hay duda, salvo la distancia que impone la tortura psíquica de la diferencia irreconciliable. Wacquez, quien ha sido definido por Brian Dendle (2001: 167) como un autor en deuda permanente con Proust, persigue la constitución de una “literatura de ideas” que revitaliza las ener-gías de una cultura homosexual en la literatura chilena y, por qué no decirlo, universal.

La literatura de Wacquez nos presenta una constante escritural. En ella el tratamiento de la homosexualidad o diríamos más bien sus incoherencias, sus dudas, sus vacilaciones (¿no son acaso las mismas de la propia sexualidad?) se concentra en la multiplicidad de sensaciones encontradas entre el secreto descubierto y el secreto sellado. Sus personajes sutilmente hilvanan su sexualidad por oposición o negación, como el caso del joven

Bruno en *Paréntesis* (1975): “Ella lo sabe, posee todo aquello que podría borrarle el odio y la desesperación, el rencor y el egoísmo, pues todo eso, el que yo sea feo y repulsivo no es algo que venga de mí sino que es la forma como se manifiesta mi desdicha, ella posee el amor de Roger” (23). La dura evidencia de la pasión homoerótica y sus consecuencias no apunta en Wacquez ni a una política del cuerpo o el deseo homosexuales ni a su “especial” condición. Más bien, nos encontramos con un autor que sopesa el cuerpo de la cultura con el cuerpo de la letra para acabar sentenciando que toda relación de ese tipo es, finalmente, “una novela sobre las peculiaridades e incidencias del poder” (Belmonte-Serrano/García-Cardona 2001: 142). Wacquez penetra los intersticios del poder para averiguar “cómo nos usa y cómo nos gasta” y las relaciones pasionales entre sus personajes son usadas como “un medio con el cual se ilumina, se hace explícito, el cuadro general de lo que se considera es el poder” (Belmonte-Serrano/García-Cardona 2001: 142).

En él no hay sentimentalismos decimonónicos, sólo víctimas y victimarios de sus propias pasiones. Como cuando Bruno le declara a Renata que “Dios es testigo que quise amarte pero que no pude porque mi corazón estaba lleno de otro amor” (Wacquez 1975: 93) o el ejemplo del niño jorobado de “Otra cosa” (1962), cuento incluido en el volumen *Cinco y una ficciones* (1963), cuando habla de su amigo de infancia y juegos: “y me tomaba la mano. Así nos quedábamos en un semi amor imposible, contentos, hasta que la noche llegaba él se iba, y empezaba la lucha” (44), angustia que lo lleva a concluir frente al espejo, imagen de la constatación de la desidentificación como sujeto heterosexual: “no me puedo liberar de estos deseos indecentes” (43) con la posterior decisión de permanecer en secreto. Wacquez no se afilia ni con las visiones que ubican a la homosexualidad del lado de las mayorías ni tampoco está con los que abogan por universalizarla; quizás su único resabio tradicional respecto del pánico homosexual en la cultura sea identificarlo con una enfermedad. A pesar de esto, en su último texto, *Epifanía de una sombra* (2000), la homosexualidad comparte todas las características anteriores pero suma su condición de deseo fantasmático manifestado como una epifanía que le exige al lector construir un nuevo marco de recepción y explicación para la experiencia revelada, una retórica de lectura que apela a la percepción de la homosexualidad, aunque se presente como una fiebre (pasión), involuntaria por lo tanto, y nada más que imprevisible, sea por esto eximida de culpa y castigo.

Lemebel y la demosexualización del espacio público

El caso de la literatura de Pedro Lemebel, inaudito tanto por el éxito lector como por lo irreductible de su compromiso ético y político con la memoria del país, presenta otra perspectiva. “En sus crónicas no quedan privilegios, abusos ni crímenes sin ser expuestos” (Llanos 2004: 76). En ellas se abordan objetivamente la homosexualidad proletaria y travestí en un tiempo y lugar reconocibles: la ciudad de Santiago de Chile. Sus eriazos y periferias son los escenarios para los ceremoniales homoeróticos de los maricones de barrio, los travestís, los trabajadores sexuales de prostíbulos y calles, los enclosetados, por medio de los cuales el escritor construye una etnografía poética del margen chileno. Con él asistimos a la democratización de la homosexualidad al presentarla en medio de una ciudad post dictadura en la que se libera un deseo y al prestar voz y cuerpo a las víc-

timas de la represión dictatorial y la pandemia del sida. Este flujo, escritura, le permitirá “reescribir una realidad perseguida”, identificada con la diferencia sexual y la represión ideológica. La invisibilización de la homosexualidad y la de los detenidos desaparecidos durante los 17 años de la dictadura militar, apresados en el mismo *pathos* de condena-ción como antipatriotas o antimodernos termina con la aparición de su primer libro de crónicas *La esquina es mi corazón. Crónica urbana* (1995).

Con él Lemebel nos pone en un momento distinto de la dominación socio-sexual, uno en el que el mundo mundano desviado se ha vuelto accesible y diría que casi familiar. Premunido del lenguaje de la humillación, Lemebel naturaliza aquello que en D’Halmar era “exótico u extranjero” en su extrañeza, o totalmente ajeno como en Wacquez. Por medio de una adjetivación popular que acerca a su audiencia a la escena que revela, envuelve el deseo y el cuerpo homosexual, el que la metonimia vuelve “concha tuerta” “amapola erizo” “macarena trozada” “esfínter marchito” “pupila ciega que parpadea entre las nalgas” (165). El adjetivo cobra un valor específico al permitir ir más allá de la simple denotación y poder, al unirlo como predicado, constituir una nueva comunidad, darle un signo equívoco a un sujeto que a pesar de tener un cuerpo carecía de nombre, y que ahora no sólo tiene uno, sino también una ética en la valoración y el análisis otorgado por el epíteto con el que Lemebel lo redime.

Pedro Lemebel constituye su mundo desde el centro mismo del mundo: la ciudad. Ya no hay un clóset, ni ideológico, ni de clase, que oscurezca la intimidad exhibida en cada una de las crónicas de sus libros. Tampoco el canon literario sirve como contenedor para la crónica urbana –un intergénero sin aspiraciones–, en él, más bien, la homosexualidad produce la vulnerabilidad total de quien ve coincidir su “género interior” con el género exterior. Como consecuencia, nos presenta una serie de cuadros en los que la violencia homofóbica exhibe un carácter eminentemente masculino y se ejerce la mayoría de las veces en contubernio con la ley patriarcal e institucional. Las sanciones en el cuerpo agredido homosexual van a constituir la materia de sus microrrelatos de vida cotidiana que retratan la ruina moral y social del país. Quizás la diferencia de este autor con los otros dos examinados, además de su posición histórica como sujetos, sea que él coloca al homosexual en un espacio multidimensional donde el deseo homosexual constituye y revela un horizonte político.

A modo de conclusión

Las narrativas comentadas en estas páginas marcan la presencia indiscutible de la homosexualidad en el territorio imaginario de la nación chilena. Tres dimensiones que pueden agruparse en dos categorías. En la primera D’Halmar y Wacquez enfrentados con el deseo homoerótico que desafía a una ética y una estética de clase pero siempre dentro de espacios acotados por la sanción que preserva el honor personal y colectivo. Agónicos relatos en los que no deja de percibirse siempre cierta hipercorrección acorde con la moral patriarcal (la de Dios o la de los hombres). Historias de incontenible insatisfacción, a pesar de las infinitas y estériles peripecias en Wacquez, en las que el límite insinuado por la literatura pugna por evitar el adoctrinamiento embozado en la doble faz del clóset de clase o *habitus*. Por otra parte, atropelladamente y con descaro ético incuestionable, Lemebel deja paso a una sexualidad libertaria, proletaria y pura que, a través de múltiples ceremoniales eróticos, públicos o semipúblicos lleva la teoría de la diversidad

a la práctica encarnada del deseo sexual por otro hombre. Su escritura propone otra ética, una revolucionaria pasión, auténtica en la que el disfraz tiene la forma de la cicatriz y la letra permite el calce del filo de los lectores que probablemente provocaron la herida en un juego sin tolerancia, sin piedad, sin lástima.

Bibliografía

- Alegría, Fernando (1986): *Nueva historia de la novela hispanoamericana*. Hanover, NH, USA: Ediciones del Norte.
- Anderson, Benedict (1991): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Balderston, Daniel (1988): "Poetry, Revolution, Homophobia: Polemics from the Mexican Revolution". En: Molloy Sylvia/Mc Kee, Robert (eds.): *Hispanisms and Homosexualities*. Durham, NC; London: Duke University Press, pp. 57-75.
- Balderston, Daniel/Guy, Donna (1998) (comps.): *Sexo y sexualidades en América Latina*. (Colección Género y Cultura.). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Bejel, Emilio (2001): *Gay Cuban Nation*. Chicago: University of Chicago Press.
- Belmonte-Serrano, José/García-Cardona, Francesc (2001): "Entrevista a Mauricio Wacquez". En: *Romance Quarterly*, 48, 3, pp. 139-144.
- Bourdieu, Pierre (1999): *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Carreño, Rubí (2003): *Leche amarga: Erotismo y violencia en la literatura femenina chilena*. Tesis para optar el grado de Doctora en Literatura: Universidad de Chile.
- D'Halmar, Augusto (1938): *La pasión y muerte del cura Deusto*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento [Primera edición 1924].
- Del Solar, Hernán (1964): *Breve estudio y antología de los Premios Nacionales de Literatura*. Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag.
- Dendle, Brian (2001): "Mauricio Wacquez (1939-200): In Memoriam, 131-135; Epifanía de una sombra, by Mauricio Wacquez. A preliminary Approach". En: *Romance Quarterly* 48, 3, pp. 165-176.
- Díaz Arrieta, Hernán [Alone] (1931): *Panorama de la literatura chilena durante el siglo xx*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento.
- Domínguez, Héctor (2001): *La modernidad abyecta: Formación del discurso homosexual en Hispanoamérica*. Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana.
- Edwards, Esther (1997): *José Donoso: Voces de la memoria*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
- Foresti, Carlos et al (1999): *La narrativa chilena. Desde la Independencia a la Guerra del Pacífico*. Tomo 1. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Foster, David W. (1991): *Gay and Lesbian Themes in Latin American Writing*. Austin: University of Texas Press.
- Foucault, Michel (1989): *La Historia de la Sexualidad*. México D.F.: Siglo XXI.
- Franco, Jean (1970): *The Modern Culture of Latin America. Society and the Artist*. London: Penguin Books.
- Garretón, Manuel Antonio (2003) (coord.): *El espacio cultural latinoamericano. Bases para una política cultural de integración*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Gelpí, Juan (1993): *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Grases, Pedro (1953) (ed.): *Antología del Bellismo en Venezuela*. Caracas: Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes.

- Jocelyn-Holt, Alfredo (1997): *El peso de la noche*. Santiago de Chile: Editorial Planeta.
- Kosofsky, Eve (1998): *Epistemología del armario*. (Traducción de Teresa Bladé Costa.) Barcelona: Ediciones de la Tempestad.
- Lemebel, Pedro (1995): *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.
- Llanos, Bernardita (2004): "Masculinidad, estado y violencia en la ciudad neoliberal". En: Blanco, Fernando (ed.): *Reinas de otro cielo. Modernidad y autoritarismo en la obra de Pedro Lemebel*. Santiago de Chile: Editorial Lom, pp. 75-113.
- Molloy Sylvia/McKee, Robert (eds.) (1998): *Hispanisms and Homosexualities*. Durham, NC; London: Duke University Press.
- Monsiváis, Carlos (2000): *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Outlaw, Lucius (2000): "Visiones del mundo, modernidad y praxis filosófica: raza, etnicidad y teoría social crítica". En: Deutsch, Eliot (ed.): *Cultura y modernidad. Perspectivas filosóficas de Oriente y Occidente*. Barcelona: Editorial Kairos, pp. 37-66.
- Oyarzún, Luis (1995): *Fragmentos de diario íntimo*. Santiago de Chile: Universidad de Chile, Departamento de Estudios Humanísticos.
- Poblete, Juan (2003): *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.
- Sommer, Doris (1991): *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press.
- Subercaseaux, Bernardo (1997): *Historia de las ideas y la cultura en Chile. Tomo 1. Sociedad y cultura liberal en el siglo XIX: J. V. Lastarria*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Sutherland, Juan Pablo (2001): *A corazón abierto. Geografía literaria de la homosexualidad en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
- Wacquez, Mauricio (1963): *Cinco y una ficciones*. (Colección El Viento en la Llama). Santiago de Chile: s.e.
- (1975): *Paréntesis*. Barcelona: Barral Editores.
- (1981): *Frente a un hombre armado*. Barcelona: Montesinos.
- (1983): *Ella o el sueño de nadie*. Barcelona: Tusquets Editores.
- (2000): *Epifanía de una sombra*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.